

**LA VIOLENCIA DE LA
INTERPRETACIÓN**

AGUIRRE ROMERO, Joaquín M^a ¹

¹ *Profesor Titular de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid (España). Crítico literario y editor de Espéculo. Revista de Estudios Literarios (UCM).*

RESUMEN: Con el ascenso de la Hermenéutica, la consideración del texto no puede eludir su surgimiento como actividad de una conciencia lectora. La cuestión que se plantea entonces es: si el sentido surge de la confluencia de una estructura signíca (texto) y de una conciencia que la interpreta (lector), dónde se encuentra la manipulación autoritaria? La respuesta que ofrecemos es que existe una *tendencia* a reducir y controlar las interpretaciones posibles, algo connatural al texto, entidad abierta, y convertirlas en canónicas. Es en la voluntad de imponer el significado en donde surge el *autoritarismo*.

PALABRAS CLAVE: Lectura, Interpretación, Hermenéutica.

ABSTRACT: With the rise of Hermeneutic, the consideration of text cannot elude its appearance as an activity of a reader conscience. The question that is called is: whether the sense emerge of the approach between a structure of signs (text) and a conscience which interprets it (reader), where is found the authoritarian manipulation? The answer we give is that exists a tendency to reduce and control the possible interpretations, something natural in the text, open entity, and convert them in canonic. It's in the desire of imposing the meaning where appears the authoritarianism.

KEYWORDS: Reading, Interpretation, Hermeneutic.

La oferta de símbolos es tan variada y los significados que podemos imputar a cada uno de ellos tan elásticos, que cabe preguntarse de qué manera consigue cada símbolo individual echar raíces en nuestra mente. La respuesta es que otros seres humanos se encargan de plantarlos en ella.

Walter Lippman (1922)

El hecho (ahora) evidente de que cada lectura es un acto de reconstrucción desvía el énfasis del texto en sí mismo, considerado como un elemento incompleto, al acto en el que surge el sentido: la lectura. El texto, estructura vacía, necesita ser rellenado para alcanzar *su* plenitud. Debemos entender aquí *plenitud*, un término de la vieja escuela, de la escuela anterior al recelo, como su *eficacia comunicativa o retórica*. Este concepto nos introduce en una nueva dimensión de la política textual, pues nos permite contemplar las diversas

operaciones retóricas necesarias para alcanzar esa eficacia. La recuperación de la Retórica en su dimensión comunicativa —sacándola del reduccionismo figurativo— nos permite ver que, efectivamente, con el texto, incluso *a través* del texto, se busca cumplir unos objetivos que son extratextuales. El formalista carácter autotélico del texto artístico, su desinterés del mundo extratextual se resuelve en una pragmática que vincula al propio texto al espacio y al tiempo, reduciéndolo a una constante operación de lectura, acto sin el cual carece de existencia. En última instancia, el texto pasa a ser un estado momentáneo de conciencia del sujeto lector.

La pregunta, entonces, pasa a ser: ¿quién posee a quien? ¿Es el texto el que se *apodera de la mente* del lector para emerger anulando al sujeto en la operación? ¿No es esto algo parecido a la famosa formulación de S.T. Colerige sobre la suspensión de la incredulidad? ¿O por el contrario es el sujeto lector el que se apodera del texto y lo hace suyo y solo suyo mediante una operación de apropiación, sin la cual el texto queda como una estructura vacía, descarnada?

La Teoría —como producto de nuestra época posmoderna— parece caminar en esa segunda dirección, un desvío permanente hacia el reconocimiento del *hecho lector como acto creativo* de una dimensión diferente al *momento creativo de la escritura*. La idea del lector como “co-autor del texto” ha tenido sus oscilaciones, pero ha ido ganando posiciones frente a las *hermenéuticas del genio*, que se limitan a indagar en el hecho de la escritura o al mero formalismo que da por sentada la existencia del texto al margen de la instancia receptora.

Lectura y escritura no son las dos caras de una misma moneda; entre ambas se produce un desencuentro asintótico. Hemos malinterpretado al texto porque le hemos aplicado una visión comunicativa, como si fuera un diálogo en el que estuvieran coparticipando, en igualdad, autor y lector. Entre escritura y lectura no hay continuidad, sino más bien un salto en el vacío. Estamos acostumbrados a establecer una línea entre escritura y lectura, como anverso y reverso de un mismo proceso. Sin embargo, entendemos que esto no es así. La escritura es un hecho único, sujeto a un aquí y ahora determi-

nado e irrepetible. La lectura, en cambio, es un proceso abierto a la historicidad que fabrica su propio correlato en cada actualización. Este proceso se ha entendido en dos sentidos principalmente. Uno *degenerativo*: las lecturas que se producen en el tiempo se alejan cada vez más de una lectura inicial coincidente con el momento de la escritura. El texto escrito, por así decirlo, se aleja de nosotros. Y otro *productivo*: los textos son estructuras abiertas capaces de acoger diferentes sentidos en su devenir histórico. En la medida en que es la mirada del lector la que cierra el sentido, este solo puede ser diferente en cada momento. El sentido es una proyección del sujeto lector.

Tendríamos en este último caso un texto-escritura que sufriría un permanente ataque en su significación-intención originaria, irremisiblemente perdida desde su objetivación. El acto de generar un sentido sería siempre *autoritario*, pues, en este caso, se daría como la imposición de un sentido diferente al originario del texto.

La Hermenéutica moderna ha comprendido que ningún acto interpretativo puede partir de cero. Esto equivale a reconocer que es imposible una interpretación que no parta del *prejuicio*. El acceso al texto no es nunca directo, sino que se realiza a través de la historia del propio texto. La *historicidad* del texto no es más que su acumulación interpretativa, el registro arqueológico de las actividades hermenéuticas que ha generado. En última instancia, una constelación de nuevos textos acompañan al texto original enmarcándole. Nos encontramos, pues, ante una materia densa, ante la Cultura, un entramado de relaciones intertextuales mediadas. Los árboles de la Cultura no nos dejarían ver los bosques de los textos. La Cultura —o tradición— tendría un doble efecto: posibilitaría el acceso al texto, pero impediría el acceso al *Texto en sí*.

Si el acceso directo al texto en sí es imposible, en la medida en que es una estructura capaz de acoger significados contextualizados, la cuestión del repertorio de significados posibles pasa a primer término. En efecto, ante la estructura textual se abre un repertorio de posibles conexiones con otras unidades significativas. La decisión de escoger unas u otras está

en función de la actividad de las instituciones mediadoras, que tratan de dirigir el sentido mostrándolo como el *único posible*.

Esta operación es la que genera la *política textual*: mostrar un significado *posible* como un significado *excluyente*. Seducción, argumentación, imposición..., cualquier operación es válida para ganar la batalla del significado.

Las noticias de hoy mismo nos muestran un ejemplo, en el ámbito político español, de cómo se abandona el concepto de “sentido” por el de “sentido posible”. El sentido posible no es simplemente una virtualidad del texto. Es una posibilidad por la que se va luchar con elementos extratextuales (en este caso, políticos) para fijarlo como forma canónica u oficial.

Bargalló aseguró, también, que Cataluña “no puede plantear un Estatut que no esté en el marco de la Constitución”, pero añadió que “lo que no tenemos por qué aceptar es una determinada lectura de esa Constitución”. En este sentido, incluso sostuvo que el derecho de autodeterminación “podría estar dentro” de los límites de la Carta Magna. (*Libertad digital*, 20 de julio de 2005).

Obsérvese cómo la formulación tiene un carácter casi silogístico, en la que se entiende que a) existe una “lectura actual”; b) no hay por qué aceptar esa lectura porque es el resultado de la correlación de fuerzas políticas en un momento determinado de la historia; c) ese momento ya no existe y ahora existe otro distinto; y d) es legítimo crear una nueva “comunidad de lectura” que, a su vez, legitime interpretaciones diferentes que permitan nuevas acciones. Cualquier significado es posible porque su posibilidad nace del reconocimiento externo. *Si podemos hacer que signifique, significará.*

La afirmación “no tenemos por qué aceptar una determinada lectura” es característica de esa concepción del texto como un espacio de confrontación interpretativa. La lucha no es ahora por “desvelar” un sentido; la lucha es por construir un *nuevo* sentido. El mismo texto, según se ve, no es más que un escenario de duelos permanentes en función de los cambios contextuales.

Pero, ¿qué sucede en el ámbito de los textos literarios? O, mejor dicho ¿cómo sucede?, ya que el mecanismo, como veremos no tiene muchas diferencias.

El lector es el *amo*. La interpretación es siempre un *acto autoritario* frente al de creación que es *autorial*. La escritura no produce el sentido; produce el texto, que es la estructura que se abrirá a los posible sentidos. *La última palabra siempre la tiene el lector*. El autor abre; el lector cierra.

Solo mediante este tipo de actividad interpretativa, solo mediante una lucha por la significación es posible que los textos perduren históricamente. Y es así, precisamente, porque *perdurar* es permanecer *abiertos*. Las interpretaciones se desplazan unas a otras; compiten por llenar el vacío del sentido.

En un reciente texto, el escritor Milan Kundera continúa su indagación paralela sobre la novela. Junto a la práctica de la escritura, Kundera trata de dar forma a su experiencia como lector, comprendiendo que forma parte de una tradición, la de la novela, desde la que vive su relación con los textos. Kundera cede la palabra a Proust:

[...] el autor [Proust] no escribió esta obra [*En busca del tiempo perdido*] para hablar de su propia vida, sino para iluminar en los lectores la vida de ellos: "Todo lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo. La obra del escritor no es más que una especie de instrumento óptico que ofrece al lector para permitirle discernir aquello que, sin ese libro, el no podría ver de sí mismo. El hecho de que el lector reconozca en sí mismo lo que dice el libro es la prueba de la verdad de éste...". Estas líneas de Proust no definen tan solo el sentido de la novela proustiana; definen el sentido de la novela a secas. (KUNDERA, 2005: 119)

Un escritor (Kundera) interpreta a otro escritor (Proust) al que nosotros interpretamos y usted ahora nos interpreta a todos juntos. ¿Significa para todos nosotros lo mismo la expresión "lector de sí mismo"? Probablemente no. Y así debería ser si aceptamos la paradoja de la lectura: que todos nos leemos unos a otros para lernos a nosotros mismos.

Esta dispersión de la significación, esta individualización del sentido, es, a la vez, la riqueza y la *muerte* del texto: riqueza porque asegura su vida mientras sea capaz de significar; muerte porque pierde su unicidad.

Desde que la palabra comenzó a fijarse en la escritura, surgió este problema, el de la dispersión, de la subjetivación

del significado, o, si se prefiere la expresión de Proust/Kundera, la *lectura de sí mismo*.

El destino natural de los textos es provocar cismas, es decir, divergencias interpretativas, controversias. Esa es la experiencia de las *religiones de libro*: sus miembros se separan unos de otros por las diferentes interpretaciones que van apareciendo. Cuando la conciliación interpretativa no es posible, se produce el cisma. Los cismas no son más que discrepancias en la interpretación del texto origen. Los lectores se distancian unos de otros y tratan de convertir en lectura estándar su propia versión del texto. Esto no es exclusivo de los textos religiosos, sino un proceso característico de todo texto, si bien el nivel de beligerancia estará en función de la importancia que el texto tenga para la comunidad dividida.

A la dimensión individual de la lectura —el enfrentamiento de un sujeto a un texto— hay que contrastarle una *lectura comunal*, una lectura socializada. El mecanismo es siempre el mismo: se trata de evitar las divergencias que pudieran erosionar las lecturas unificadas o canónicas. A los lectores individuales se les prefijan unos márgenes de oscilación, unos límites permitidos en la interpretación. Más allá es caer en la herejía.

En este sentido —y creemos que históricamente ha sido así— los textos no pueden ser *autoritarios*; solo pueden serlo sus interpretaciones, es decir, los mecanismos institucionales, en el sentido más amplio del término, que se emplean para garantizar la pervivencia de una determinada lectura frente a otras. El texto no se impone; *se le impone*. Y para hacer esto, las sociedades generan sus propias instituciones, sus propios guardianes de la ortodoxia interpretativa. Estos guardianes velan para que los significados que se vayan manifestando no ataquen al núcleo interpretativo oficial.

En las sociedades *abiertas*, por utilizar el término popperiano, democráticas sin más, si se prefiere, los debates tienen unos mayores márgenes de oscilación, al menos en lo que a cierto tipo de textos se refiere. Los debates sobre la Constitución son diferentes a los que, pongamos por caso, se están produciendo respecto al *Quijote*. Sin embargo, los

mecanismos son muy parecidos. En unos casos serán los políticos y jueces los que intervienen; en otros los profesores, críticos e intelectuales.

No solo son importantes los márgenes de interpretación. También son fundamentales las consecuencias de la discrepancia y los mecanismos de arbitraje. En el campo literario, las interpretaciones y reinterpretaciones se suceden. Pensemos en lo que supone una *simple* antología. Es una concreción valorativa que, simultáneamente, incluye y excluye; es un *acto de autoridad*. Pero a la vez, la autoridad que supone esa antología deberá competir con otras autoridades/antologías existentes.

Podemos entender ahora que la lectura es un *acto de autoridad*, pues es el lector el que toma la decisión e impone el sentido; mientras que se debe considerar actos autoritarios aquellos que atentan contra esa autoridad del lector. El lector no tiene más remedio que imponerse al texto para que este siga vivo, puesto que su vida es generar sentidos; el autoritarismo, en cambio, busca imponerse al lector, matando su relación con el texto. Texto y lector son anulados como instancias. El sentido autoritario es algo por encima tanto del texto (innecesario) como del lector (al que se ha desnaturalizado, un lector al que no se le pide que lea, sino que acepte el sentido).

Cada cierto tiempo, se abren procesos de relectura. Suelen ser procesos encadenados en los que determinados acontecimientos más generales pueden poner en marcha mecanismos liberadores. Los más evidentes son la eliminación de censuras a determinados autores o textos. En otras ocasiones son otros mecanismos culturales los que quedan al descubierto.

Los recientes debates sobre los cánones literarios han servido para mostrar cómo históricamente los procesos de selección han tenido unos sesgos muy marcados. Esas han sido las reivindicaciones de la crítica feminista es su lucha por sacar a la luz textos escritos por mujeres. Igualmente ha sucedido con las literaturas de minorías étnicas.

Los programas escolares son ya decisiones de autoridad sobre los textos. Crean, además, formas canónicas de interpretación constituyendo una tradición interpretativa que se extenderá por el campo social. Los conflictos interpretativos se dan, mayormente, entre estas instancias que luchan por la posesión del texto en la única vertiente en que puede ser cerrado: en su sentido.

Para terminar, me gustaría aportar un último apunte sobre esta cuestión. El sistema educativo suele favorecer la inercia interpretativa. Es decir, privilegia la interpretación canónica en detrimento del encuentro subjetivo con el texto. Es cierto que no se puede abordar un texto desde el vacío, pero también es cierto que en ocasiones se conservan artificialmente las interpretaciones en detrimento del texto y, sobre todo, de sus posibles lectores. Esto sucede de forma evidente con los clásicos, a los que se mata por exceso de celo interpretativo o, más claramente, por una apropiación ritualizada en la que los celebrantes tienen repartidos sus papeles. También ocurre con todos aquellos procesos de profesionalización de los intérpretes, únicas voces autorizadas socialmente relegando a los destinatarios naturales de la Cultura.

Ser conscientes de la relatividad de las interpretaciones no significa renunciar al sentido; por el contrario, significa abrirse a él. Explicitar los procesos y mecanismos mediante los cuales las instancias sociales tienden a imponer un sentido comunal —en detrimento de las desviaciones de ese centro ortodoxo— no es atacar los valores, sino hacerlos plenamente humanos.

En última instancia, supone abrirse a una concepción dinámica e histórica, plenamente dialógica, en detrimento de una de las peores formas de autoritarismo: la *sacralización textual*, el proceso mediante el cual se impone una distancia reverencial entre texto y lector. Cuando esto se produce, por los textos ya no hablan los hombres; habla la Verdad. Y, como todos saben, ante la Verdad ya no hay nada más que decir.

OBRAS CITADAS

Milan Kundera. *El telón. Ensayo en siete partes*. Barcelona: Tusquets, 2005.

Walter Lippman. *La opinión pública*. Madrid: Langre, 1922, 2003.

Universidade Estadual do Oeste do Paraná
Colegiado do Curso de Letras — Campus de Cascavel

REVISTA LÍNGUAS & LETRAS

Versão eletrônica disponível na internet:
www.unioeste.br/saber